

En el puerto...

Calma absoluta. Los pescadores se pasean silenciosos por el muelle sin que puedan traer nada para el sostenimiento de sus hogares. Los barcos están amarrados. La tempestad no fué capaz de retenerlos ni la tormenta causó zozobra en sus corazones. Pero gentes sin honor, cargadas de rencor, sembraron los mares de peligros. Los innumerables senderos del agua ofrecen ocultas minas que envueltas en el azul de las olas destrozarían las embarcaciones y los arrantzales habrían de encontrar la muerte.

Los facciosos, enemigos del humilde, quieren cerrarle todos los caminos. Nada importa. Nuestros arrantzales surcarán de nuevo los mares y los nombres euzkéricos de las embarcaciones recibirán la caricia del agua. El mar vasco es fuerte y vigoroso; se ha adentrado en el corazón de sus hijos, los arrantzales, dejándolos audaces para el peligro y firmes en sus propósitos de liberación.

